



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12824

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayón, 24

MIÉRCOLES 10 DE AGOSTO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡5 DUROS MENSUALES!

PIANOS

DE CUERDAS CRUZADAS
SUBLIME R. MARISTANY
MARCA R. MARISTANY

CASA FUNDADA EN 1870
¡5 MILLONES DE CAPITAL!

Sus miles y miles remidos y vendidos para toda España es suficiente garantía de que los preferidos a toda otra fabricación.

REMESAS DIRECTAS A ESA PROVINCIA

Reconocida y dictaminada SIN RETICENCIAS por el profesorado español y eminentes artistas extranjeros, la marca R. Maristany como SIN IGUAL Y SUPERIOR a toda otra nacional.

8 AÑOS GARANTIA

con certificados por esta respetable casa.

PEDIR ANTES NOTAS DE PRECIOS Y DISEÑOS

Plaza Cataluña 18 Barcelona

Luces y sombras

Luces y sombras... Hunden los aires los alegres sonos de las músicas, con sus vibrantes y animados pasodobles, y la multitud munevese como poseída de vértigo; y pasan rápidos los coches que conducen a las hermosas mujeres cubiertas sus cabezas con la airosa mantilla española; la alegría rebasa los límites ordinarios y parece que el pueblo español va a celebrar acontecimientos trascenden-

tales, como por ejemplo, la reconquista del peñón de Gibraltar ó la muerte del cacicazgo infame ó la proclamación de leyes que arrojen en el suelo español semillas de prosperidad. Nada de esto; las luces de ese cuadro hermoso se llenan pronto de sombras, por qué la multitud enloquecida por la fiesta que se celebra, ebria por el triunfo, pedira sangre, mucha sangre para saciar sus apetitos; y pedira nuevas víctimas que caigan traidoramente heridas sobre la candente arena. Y las luces de ese cuadro que estuvo animado en un principio por los resplandores de la hermosura, por las brillantesces de la música y por las notas seductoras que dan las gentes cuando se disponen a solazarse, ahogando por unos momentos los pesares de la vida, se trocarán en sombras que hacen dudar de que el hombre que asiste al circo laurino, pertenecerá a la misma raza de los que con su soberana inteligencia han hecho progresar las ciencias y las artes, arrancando secretos a la naturaleza, horadando las montañas para unir mejor con el vapor y la electricidad los pueblos; midiendo con exactitud matemática las distancias que nos separan de los astros, describiendo con el microscopio los pequeños mundos y con el telescopio los grandes, y llenando, en fin, su inteligencia de asombrosas ideas y su corazón de tiernos afectos, despiertos cuando la caridad le inflama, haciéndole latir fuertemente en bien de sus semejantes, caídos en las garras de la miseria ó en las pesadumbres de la desgracia.

No servirán estas apreciaciones para menoscabar en lo más mínimo la afición a las corridas de toros, que constituyen el mas negro reproche a la nobleza de la patria que las consiente, y el defecto mas grave de la multitud que las aplaude; no aminorarán los entusiasmos que sienten por el arte lauri-

no muchos españoles. Mas no importa, porque alcanzará poca vida lo que ya vive sin gloria, esperando para morir las energías de un legislador que de la puntilla a lo que ya consumió, acalera, damente.

X.

Gobernables y muy gobernables!

Con hallarse fuera de la capital de la Nación el presidente del Consejo de ministros, se podría decir, en una situación como ésta, que se halla ausente más de la mitad del Gobierno.

Hay que restar también al ministro de Estado, que acompaña ahora a la Corte.

Mas, esto es cosa secundaria; lo principal para el objeto de nuestras observaciones está en que tenemos actualmente la menor cantidad posible de Gobierno. ¡Y sin embargo vivimos!

Y no vivimos, seguramente, peor que cuando todos los organismos del Estado se hallan en activas funciones; cuando se encuentran en Madrid todos los ministros, abierto el Parlamento, despierta y agitada la política, las mayorías apercibidas a la lucha, y las oposiciones vigilantes.

Hoy no sobrevienen huelgas más frecuentes ni más peligrosas que las que acaecen en cualquiera otro período; ni sorprenden los motines con tanta facilidad, como al estar el Gobierno en la plenitud de su pujanza; ni circulan siniestros rumores de conspiración, como los que han solido perturbar los ánimos más tranquilos, en épocas normales; ni la seguridad del ciudadano español corre mayores riesgos que los que a veces, con la extrema vigilancia de los ministros, ha corrido.

Por lo tanto, no se puede llamar ingobernable a un país que, según atestiguan los mencionados hechos, por el solo se gobierna.

La consecuencia que de ello inmediatamente se deduce es que los obstáculos del Poder público, para guiar a una sociedad tan humana, no son, ni con mucho, tan altos ni tan graves que puedan servir de excusa a la inacción y a la infecundidad.

El pueblo español es como enfermo crónico, a quien la virtud de la Naturaleza

puede ir curando poco a poco, con tal de observar ciertas higienes y de que las equivocadas recetas de los médicos no vayan a contrariar y a torcer aquella fuerza. Porque, nótese bien! casi todos los recrudescimientos de nuestros males, que hoy preumimos próximos y cuya proximidad inquieta a la familia, privación de los bienes, desde el quebranto de la moneda, hasta la exacerbación de las pasiones en el orden religioso.

Lo que se debe hoy afirmar es que las clases dirigidas, que son las que no disfrutan del veneno, las que no tienen vacuaciones, las que experimentan en la época actual mayores perturbaciones, las que no lo gran sedante alguno para sus excitados nervios, a pesar de no sentir sobre sí la acción tutelar ni restrictiva de las clases directoras, van por sí mismas caminando por el áspero sendero de la existencia nacional con regularidad apacible.

La consecuencia lógica de este hecho innegable es que no está en aquellas clases el origen, ni el motivo, de las grandes perturbaciones.

Este fenómeno de psicología nacional, esta quietud del ánimo público, la cual consiente al gremio de panaderos hacer burla de una población de 500.000 almas, es un factor del problema de gobierno, digno de que se le tome con el mayor cuidado en España.

Porque la crisis tal puede ser empujada hacia el bien con nuestra paciencia social que la reclamada, acaso, por un pueblo más activo, que por la misma, es capaz de ser más resistente.

A la sombra de sus parrales, allí en Alhama la Roca, D. Nicolás Salmerón recuerda que es preciso agitar la opinión republicana, y ésta la envía de Eolo para que asigne las vientos; pero, se calen ni brisas que ahora serian muy gratas. Como va a alborotarse por la causa de la República un pueblo, que no se encorrea por el panecillo? No hay forma, pues, de mantener el epíteto de ingobernable aplicado a nuestro país. De ello es el presente verano la mejor prueba.

¡Y ahora, que nos hablen de revolución!

Apendicitis

A la hora de ahora, la aristocrática dolencia de moda, la terrible apendicitis, está quitando el sueño a la mayoría de las gentes entonadas; que lo mismo decían

las indumentarias «fanás» que las enfermeras vulgares.

La «apendicitis» es una dolencia, que induce desde luego en quien la padece, que es persona de muchas campanillas y desahogada posición, como que no hay noticia de que la sufra ningún pedita.

No hay temor de que llegue a constituir una epidemia.

Los infelices que recogen las sobras del rancho, los que forman la clientela del fígón, los que se dedican al vulgar «cocido», quedan borrados «cipo facto» del privilegio de tener la «apendicitis».

Solamente los que comen carne alcanzan el alto honor de padecer esa enfermedad, casi mortal, sobre todo si se descuida su curación; y aun cuando puede determinar el terrible «miserere», ese cólico espulzante que invierte los términos y perturba por completo la libre circulación intestinal, no se ausentan ni se arredran los elegantes, que anhelan ser alcanzados por esa enfermedad para darse entre sus amigos y relacionados el correspondiente pisto.

Los periódicos traen algunas estadísticas curiosas a propósito de esa dolencia «superior» y de sus noticias resulta que el sistema vegetariano es el mejor para estar libre de tan «distinguida» enfermedad.

Poca lava y entre zarzas; esto es, poca carne y muy pasada por támbor, eso es lo que se necesita para que la alimentación no perturbe la función digestiva en ese tipo largo y esbelto, de seis ó siete varas, que constituye el respectivo «bandullo» de cada quique.

Los médicos que se han dedicado al estudio de las «apendicitis» han llegado a la conclusión de que el cocido, el «cochido» español, como ellos dicen y escriben, es el ideal alimenticio para evitar esa enfermedad; y claro es, ahora en el extranjero los que prefieren la salud a la moda y quieren verse libres de esa dolencia; andan a caza de recetas para confeccionar el cocido a la española.

Aquí, por el contrario, la gente entonada, pasó de la cocina francesa a la británica, se atraca de bistecs, de rosbifs, de platos de carne a medio cocinar, resumiendo sangro... y llamando a la «apendicitis» con ansias rayanas en la perturbación mental.

La receta para el cocido, el verdadero cocido del pobre, sólo la sabrán esas admirables y santas mujeres, que de un «triste» jornal de siete ó ocho reales sacan para dar comer a la prole, pagan al casero, visten y calzan... y no se mueren de hambre.

parabó aquello mal, y di un fuerte rodillazo a Gauthier por bajo de la mesa, y respondí al coacoso: —Si y no; según para lo que lo quesea. —Ya entiendo; teméis ser sorprendidos y perjudicar al general. Mas estad tranquilos, que ya no tiene nada que temer. —¿Qué decís? —Una cosa muy sencilla: mi amo ha hecho diligencias, y por consideración a él, Luis XVIII ha expedido un decreto que le pone a cubierto de toda persecución por lo pasado. —¿Y la prueba de eso? —Miradla. Sacó entonces de su saco un gran pliego, especie de carta cuadrada, que me entregó. Creí entonces que quería acobardarme, y tomé mis precauciones. Echéme el pliego en el bolsillo, y dije a Gauthier que retuviese al coacoso todo lo que pudiera en casa de la Chopine, mientras iba a hacer una diligencia, y hámela aquí. Ahora voy a volver allá paquito a paso a relevar a mi camarada de su centinela. —Vete en carruaje, y que venga Gauthier contigo.

—Está bien, mi general. —Pero conviene saber el nombre de ese ruso. —Si no me engaño, ha dicho que se llama Swan. Al oír este nombre, los antiguos huéspedes del castillo de Arrow dejaron escapar una exclamación de sorpresa; Jorge sintió venir a sus ojos una lágrima; y Blanco se acercó a su marido, como para sostenerle; tales eran las sensaciones terribles y mal pagadas que había experimentado al oír el nombre de Swan. Cuando Carlos hubo salido, Jorge llevó a Blanca hacia el jardín, y le dijo: —Tengo que pedirte un gran favor, Blanca mía. —Habla, Jorge. ¿No sabes que soy toda tuya? —Me es imposible hablar a mi padre del conde de Arrow, y sin embargo, puedo negarme a hacer lo que me piden en esta carta. La joven recorrió el pliego que le daba su marido, y que solo contenía algunas rengiones: —En consideración a todo lo que he padecido, en nombre de Elena muerta y de nuestra juventud, obten para mí el perdón de mi padre antes de morir. Me he envenenado, y solo me restan dos días de vida. No podía soportar por más tiempo el suplicio que voy sufriendo hace tantos meses. Te ruego por lo que mas ames, no rechases mi súplica.

de nacimiento, por mi abuelita he conservado reliquias en Rusia. Juan Castelnau hizo un movimiento de sorpresa; mas al ver el rostro placido y sonriente de Blanca se serenó. Mas sus facciones conservaron algo de rigidez que imprimía en su fisonomía un vis de tristesa. Blanca aparentó no reparar en ello, y continuó: —Yo estuve a punto de casarme con un prisionero francés antes de conocer a mi Jorge, y no dependía a fé de mi pobre tío que no se verificase. Pero yo estaba destinada a ser francesa en todos conceptos. —Dios no pondrá dejas en aquel país endiablado, dijo Juan Castelnau con un acento de ternura paternal lleno de convicción. —La triste vida de aquel hombre me afectó extraordinariamente cuando estupe todos los pormenores de su vida; yo no le había conocido sino rodeado de honores y abrumado con los favores de la corte y la consideración de todos. —¿Y qué ha sido de él? exclamó Juan Castelnau conmovido a pesar suyo. —A los ojos del mundo ocupa una posición de las más brillantes del imperio, pero creo que el infierno